

## Psicología del examinando (1)

Todo acto de la vida individual ó colectiva puede ser sometido á un estudio psicológico más ó menos profundo, según sea su importancia, según sea su trascendencia para el sujeto ó para la masa. Desde aquéllos realizados instintivamente ó por simple reflejo, hasta los que exigen la intervención de las facultades superiores, se recorre una serie no interrumpida de fenómenos aptos al análisis introspectivo ó experimental. El primer método, el introspectivo, ha sido substituído en gran parte ventajosamente para la ciencia por el experimental; pero ha costado no poco trabajo desalojarlo de sus casi inexpugnables posiciones, defendidas por el material acumulado hasta hace cincuenta años más ó menos, merced á su solo empleo, formándose dos bandos, que defendían con igual ardor los unos el método antiguo, los otros el método nuevo, todo esto con menoscabo de la ciencia que tratan de formar, puesto que «si por muchos caminos se llega á Roma», por muchos caminos también se llega á su perfeccionamiento y la ciencia no rechaza nada que contribuya á ampliarla y á llenar sus vacíos, no inquiriendo mayormente el modo cómo se ha conseguido descubrir ó inventar lo que se le presenta, siempre que ello descanse sobre hechos verdaderos.

Si el método experimental tiene sus ventajas para el estudio de algunos asuntos, el introspectivo no muestra menos para el de otros. Alternar cuando sea necesario, refundirlos cuando así lo exija el hecho psicológico que se examina eso es responder verdaderamente al espíritu de la ciencia. Este es el modo como he procedido en el desarrollo del asunto que motiva este trabajo.

*El alumno en el examen escrito y en el oral.*—Teniendo cada uno de estos dos sistemas de exámenes, un cachet propio muy marcado, la psicología del alumno en cada uno de ellos, varía del mismo modo, pero su estudio se hace muy intrincado en el segundo caso, en el que es influenciado más directamente y más intensamente, pues que se desenvuelve en contacto más íntimo con la causa de la variabilidad de su personalidad y se verifica esto en un menor lapso de tiempo. El es el que nos provee de fenómenos más interesantes y com-

---

(1) Del curso de Psicología Anormal dictado por Rodolfo Senet.

plejos. En el primero, librado el alumno á su único esfuerzo, no teniendo el control inmediato de las ideas que vierte sobre el tema que le han señalado, pudiendo hilvanarlas libremente y pensar sobre él más reposadamente, encuéntrase en mejores condiciones para volver á su estado normal, salvo el caso que desconozca el asunto, puesto que entonces se complica su estado fisiológico y psicológico, asemejándose mucho á aquel en que se halló durante el examen oral.

En uno como en otro, la mayoría de las veces, el sujeto se encuentra en condiciones que difieren mucho de aquellas que presenta de ordinario produciéndose en algunos un débil trastorno momentáneo de su vida psíquica, en tanto que en otras se presenta más mareado. Es decir que el estado somático y psíquico varía con los sujetos.

Las causas de esta variabilidad son muchas, siendo las más importantes:

Diferencia entre los sujetos. Entre los sexos. Entre las edades. Diferencias entre las materias que se rinden, etc.

Pueden provenir las diferencias entre los sujetos:

Del temperamento.

De la preparación.

Del cambio de ambiente.

Del conocimiento ó desconocimiento del local.

He podido observar, en los primeros días de examen en la Dirección General de Escuelas de la Provincia, donde concurren año á año cientos de aspirantes al título de maestro infantil ó elemental, un espectáculo interesante.

Los examinandos vienen de muchas partes de la Provincia, trayendo hábitos, costumbres, modos de pensar diversos, extraños los unos á los otros, muy inclinados á asociarse estrechamente los del mismo pueblo, entablado amistad, aún cuando en ellos no se conocen sino de vista. Algunos entusiasmados, otros descorazonados, abatidos; alegres y esperanzados, voluntarios, expansivos unos, tristes y deprimidos otros, por temor, por falta de trato social. Unos se encuentran posesionados de sí mismos, otros se hallan confundidos, embarazados, son desconfiados, considerando casi hostiles á los demás aspirantes, á los mismos examinadores, á todos los que los rodean, á causa de una falta de plasticidad acomodativa de sus energías individuales á la colectividad.

Se descubre en seguida al hijo del campo y al de la ciudad, separados aquéllos de éstos como por una muralla y entre los primeros parece que cada uno se basta á sí mismo, no tratan de reunirse, de agruparse, de formar los corrillos tan comunes entre los segundos, y reunidos solamente de uno, de dos, con sus padres, sus madres ó hermanas, parece que asistieran al continuo girar de una cinta cinematográfica que jamás han visto, que admiran pero que temen, esperando su turno para presentarse ante la mesa examinadora. Con los ojos extraviados miran y muchos no ven, esperando mentalmente el punto débil que leyeron por la mañana; no pocos están ajenos al mundo exterior y no oyen ni aún cuando les llaman. A medida que los días se van deslizando se produce un cambio en todos. Se va tendiendo á la uniformidad en la medida en que es posible.



El sexo es también causa de diferencia en las manifestaciones de los examinados. Originada esta diferencia por la diversidad del carácter masculino y del femenino, no es raro sin embargo encontrar, y lo he visto muchas veces, una semejanza entre el estado de algunas niñas y el de los varones. En éstos son más vulgares los sujetos que si no se presentan en un estado normal, distan poco de él, en tanto que entre las mujeres se produce todo lo contrario. He dicho más vulgares porque no se puede fijar una regla absoluta, juzgando por las apariencias, por las manifestaciones exteriores del sujeto y porque la psiquis de cada uno de ellos varía de un modo que impide toda delimitación precisa. Bien se puede decir que cada espíritu es un mundo aparte. Tanto como hay varones tímidos, hay mujeres, nada más que éstos, menos expuestos á las influencias sociales, no tienen oportunidad de educar su timidez, su carácter y presentarse en la misma forma en que se presentan los hombres que si dan señales menos visibles de hallarse cortados, como se dice vulgarmente, no dejan por ello de llevar la « procesión por dentro ».

Los llantos tan comunes en las primeras, están substituídos en los segundos por una crisis nerviosa no menos violenta que los trastornos más fuertes. Por esta misma razón, es que se ha juzgado al hombre menos *sensible* que á la mujer, criterio erróneo que no está basado más que en la esteriorización de los sentimientos menos notorios en unos que en otros, pero más vigorosos al mismo tiempo.

La raza y la edad son, unidas á las que anteceden, causas bastante importantes de la diferencia entre examinados. Hay nociones emparentadas por filiación directa ó colateral que manifiestan aptitudes particulares, ideas, tendencias, costumbres, creencias, por las que difieren completamente, de otra serie de nociones que tienen otro sello característico. Esto es lo que se llama el carácter nacional, distinto en cada pueblo: hay un carácter nacional alemán, un inglés, un francés, un italiano, etc.

El *fluido* británico, como llama Jorge Sand á la rigidez de los ingleses, es uno de sus rasgos característicos. Otros le han llamado la « manía inglesa » por esta manía de la tiesura, de la reserva originada por la timidez, propia de todos los pueblos del Norte de Europa. Frente al *anglais empêtré* (el inglés trabado) se puede colocar á sus vecinos los franceses y los irlandeses que tienen la facilidad de sus maneras, son corteses, afables, comunicativos, efusivos, conversadores. La diferencia que hallamos entre el inglés y el francés, existe entre el niño italiano y el alemán. Los primeros son más despiertos, más vivos, más inteligentes; los segundos más calmados, más serios, más aplicados. Frente á una mesa examinadora, pues han de diferenciarse también en sus manifestaciones.

En nuestro país, abierto á todos los hombres del mundo que quieran habitarlo, compuesto por lo tanto, debido á muchas otras circunstancias, de una población cosmopolita, se puede juzgar de la veracidad de esta afirmación.

Los exámenes, establecidos tanto en la enseñanza primaria como en la secundaria y en la superior, es decir, abarcando á todos los alumnos de 7 á 24 y aún más años de edad, no pueden tener para

todos la misma importancia, ni ejercer la misma influencia. Entre el niño, el adolescente y el hombre adulto, debe existir necesariamente un modo distinto de apreciarlo y la influencia que ejercen sobre ellos va *in crescendo*. En el primero es el temor al castigo, á la reprimenda de sus padres si salen mal; entre los segundos, se une á esto el temor al ridículo; en los últimos aumenta la dosis de amor propio puesta en juego, unida á la *necesidad* de salir bien, puesto que el momento de luchar por sí mismos ha llegado hace tiempo. Es decir, que el examen preocupa á todas las edades pero varía la causa de esta preocupación. Ahora, la influencia que ejerce sobre ellos, depende de las razones expuestas ya y de algunas otras que exponemos más adelante.

Las asignaturas que comprende el plan de estudios no son del mismo modo consideradas por los alumnos. Unas gustan más que otras y cada una de ellas tiene su núcleo de admiradores y cultores entusiastas. Depende esto de las dificultades que se encuentran en su estudio, de la afectividad que ha sabido despertar el profesor de la simpatía ó antipatía de que gocen éstos, etc. Las matemáticas son las más temidas, luego vienen letras é idiomas, las ciencias naturales y á continuación las demás materias.

Para el momento del examen, el temor que se tiene á tal ó cual asignatura ó á un grupo de ellas, es debido á las mesas examinadoras. Ellas ejercen una gran influencia sobre el ánimo del alumno y les dedico al final párrafo aparte.

EL EXAMINANDO. — Podemos hacer un doble estudio de él: un estudio somático y un estudio psíquico que se refieran á su estado antes de rendir la prueba, en el momento de rendirla y después de ella. Bajo esta triple fase me referiré por separado á cada uno de los asuntos señalados, haciendo un estudio de conjunto que abarque lo general antes de lo particular.

*Estudio somático.* — La gran relación que existe entre el cuerpo y el alma del hombre, relación ineludible, nos hace descubrir lo uno por lo otro y viceversa.

Ambos se complementan en sus manifestaciones, que son más fáciles de descubrir en el primero que en el segundo, á causa de su mayor simplicidad y objetivación. Todas las alteraciones psíquicas son seguidas de alteraciones orgánicas funcionales. Si los exámenes tienen el poder de producir aquellas alteraciones, debe existir durante ellas también esas manifestaciones corporales. Pero no es solo durante el examen cuando tales se pueden originar. Antes de él, el sujeto está también en un estado más ó menos distante del normal. estado que alcanza su punto álgido en el momento de comenzar la prueba.

La aparición de los primeros síntomas de la emoción no es contemporánea en todos los sujetos. Pueden ellos mostrarse muy prematuramente, pueden en otros casos presentarse poco tiempo antes de la fecha del examen. La eclosión de las primeras manifestaciones alcanza poco vigor; va aumentando rápidamente hasta el día anterior ó los dos días anteriores á la fecha de la prueba. Caracterízanse al principio por imperceptibles temblores, respiración irregu-



lar, necesidad de movimiento al solo recuerdo de ella, todo esto va adquiriendo día á día mayor fuerza. El día anterior al examen aparece la calma que es señal evidente de las cercanas tribulaciones. Antes de entrar al aula esa calma puesta á dura prueba durante la noche anterior y desde la mañana, se transforma en una agitación febril que ofrece diversos síntomas de carácter sensitivo, motor, vascular, visceral y secretorio que varían según los sujetos. La agitación comienza por un estado angustioso. Encuéntrese el sujeto sofocado como si hubiera corrido mucho; una constricción torácica proveniente de los desórdenes en los movimientos respiratorios, se halla acompañada habitualmente de palpitations cardíacas. La sensación de angustia, que toma asiento, ya en la garganta, ya en el vacío epigástrico, ya en la región precordial, es seguida de desórdenes circulatorios que originan el rubor ó la palidez (vaso-dilatación, vaso-constricción). Un calor insoportable abrasa todo el cuerpo como si se estuviera cerca de una hoguera. Mas hay casos, sin embargo, en que se siente un enfriamiento de piel, que produce lo que se llama «piel de gallina», como en el miedo, los músculos se debilitan y las piernas, se aflojan. Los sujetos tienen que sentarse ó apoyarse en paredes y bancos. Tiémblanle las piernas, las manos, los brazos, la lengua y no pocas veces todo el cuerpo acusa este mal-estar.

Pasan los sujetos á la pizarra, arrastrando sus pies, tropezando á cada paso, á hacer un dibujo, una esquema ó una figura, y una torpeza inconcebible rige todos sus movimientos faltos de precisión y desenvoltura, convulsos y descompuestos, y en vez de dibujos hacen garabatos. En esos momentos quisieran ser nada más que cabeza y algunos me han dicho que quisieran «ser humo» puesto que no saben como colocar sus pies, sus manos, sus brazos, su cuerpo todo, no saben como sentarse, ni como estar de pie y si el examen es dado estando el alumno sentado, tiene tan pronto las piernas extendidas y rígidas, tan pronto encogidas, extendidas ó cruzadas.

Y lo mismo con los brazos y las manos que tienen un instante cruzados sobre el pecho, otro entrelazados los dedos fuertemente, ya sobre los muslos, ya en los bolsillos, ya estrujando la ropa, y en caso de tener un cuaderno ó un papel en ellas, doblándolo en todas direcciones, arrojándolo, rasgándolo, etc.

El rubor es muy común entre los examinandos. Puede persistir durante todo el tiempo que dura la prueba, ó bien ser seguido de una palidez que lo substituye en parte ó completamente, para luego volver á manifestarse.

Los esentofóbicos son poco numerosos, podría decir excepcionales entre los examinandos de la escuela primaria y de los primeros cursos de la secundaria. Aún no han llegado á darse cuenta de la cronicidad de su enrojecimiento y los que lo han comprendido no le dan mayor importancia y temen solamente que los examinadores crean que si se «ponen colorados» es porque no han estudiado la materia. Entre los síntomas viscerales, encuéntranse las reacciones que afectan al corazón, al diafragma, al estómago, al hígado, á la vejiga, á los intestinos, etc. Las palpita-

ciones del corazón, vulgarísimas, van acompañadas de un malestar indefinible, que se refiere á todo el cuerpo sin tener una localización especial en que se manifieste con mayor energía.

Aunque raramente, preséntanse también náuseas y vómitos, reacciones más vulgares entre los artistas, en los que el trac se manifiesta mucho más intensamente.

Preséntase la ictericia emotiva, entre las reacciones del hígado, (desórdenes biliosos). Entre las respiratorias, los movimientos se hacen más rápidos y más profundos, ó si no hay falta de ritmo, más ó menos pronunciado, al mismo tiempo que las palpitaciones cardíacas violentas. Las reacciones de la vejiga son también dignas de tenerse en cuenta. Durante los días de examen, los mingitorios están llenos de alumnos que repiten sus visitas, tres, cuatro, cinco y aún más veces por hora, sobre todo en los que preceden á las pruebas orales. No se puede decir que haya aumento de secrección urinaria—poliuria—sino una retención emotiva de la orina que origina el deseo de evacuarla, sin llegar á ello, pues en la mayoría de las veces, no se puede hacerlo, en contra de ese mismo deseo.

Prodúcese una disminución de la secrección salival, la boca se seca, y á pesar de la previsión de la Dirección en los colegios donde se colocan á menudo botellones con agua al alcance de los alumnos, persiste esa sequedad, durante todo ó parte del tiempo que dura el examen. Los sudores son también muy vulgares, sobre todo los sudores fríos en los primeros accesos. Pero todas estas alteraciones no se muestran en todos los casos. Pueden persistir durante todo el examen, lo que es raro, ó desaparecer en parte ó completamente después de los primeros momentos. Pueden producirse en los primeros exámenes y no en los siguientes y viceversa, es decir, están sujetas á continuas é inesperadas modificaciones, mutaciones y transformaciones. Pero después del examen parece que el alumno se sacase un enorme peso de encima, las funciones empiezan á regularizarse, los sudores desaparecen, la saliva que hace un momento era tan deseada, llega cuando no se la precisa. La vuelta al estado normal, no es, sin embargo, rápida, se produce como debe, lenta y gradualmente.

*Estudio psíquico.*—Entraré ahora á considerar las alteraciones psíquicas del examinando. Puedo aquí también estudiarlas, antes, durante y después del examen, aunque son mucho más complicadas que las somáticas.

En tanto llega su turno, el alumno, inquieto, anda repasando mentalmente su punto flojo, leyéndolo, pidiendo explicaciones que escucha ávidamente; pone en duro trance la preparación del compañero y sobre todo su paciencia. El gremio de los preguntones, de que ya hablaré, es muy numeroso, compuesto en su mayoría de haraganes empedernidos.

Sin embargo, hay lucidez mental por lo general, las ideas se entrelazan perfectamente y aún se presentan con más claridad que nunca, pero hé aquí que en cuanto se oye nombrar, todo esto desaparece. La emoción sufrida varía por numerosas causas—



muchas veces sin que exista relación entre la importancia del acto y la intensidad de la emoción —varía según los sujetos, las disposiciones del momento— una llamada imprevista mientras se piensa en otra cosa, etc.—de la rapidez de la emoción —la sorpresa que rompe el curso normal de las representaciones y sentimientos. Por esta misma intensidad y por lo imprevisto de la emoción, se produce una paralización de la actividad psíquica fugaz.

El sujeto se vuelve un ser anormal. Casi todos los principales desórdenes psíquicos se muestran en él; el obscurecimiento mental, la aprosodia, la abulia, la amnesia, los trastornos del lenguaje de transmisión y recepción (deslogios, disfasias, disartrias, etc.), toda una serie de alteraciones.

Las ideas no aparecen, y las que uno menos querría que brotasen, son las que vienen y se encuentran, cuando no se produce el mutismo, tan común entre las mujeres, al que sigue una crisis violenta de llanto. Decía que estas alteraciones varían con los sujetos; en efecto, este cuadro no se llena sino pocas veces; se presentan algunos síntomas, los principales, abortando los demás. Sujetos hay que no pueden hilar una exposición y á los que convencidos los profesores de su preparación, tienen que ir sacándoles las palabras. Sujetos que responden una cosa completamente distinta á aquella sobre la que se les ha interrogado. Caracterízase esto por una falta completa de atención al asunto, puesto que todo el campo de la conciencia está ocupado por una sola idea, que puede ser la del temor de salir mal, la de que le interroguen sobre un punto que ignora, etc. La atonía intelectual que se manifiesta al principio del examen, desaparece generalmente después de algunos instantes. La reacción es rápida en algunos, lenta en otros.

Las primeras palabras de cada examen son casi ininteligibles hasta tanto que la emoción vaya desapareciendo. Un grito que dé el examinador al examinando basta para llevarle al fracaso.

Si el poder de inhibición de la emoción no triunfa, puede el alumno hablar pero dirá las mayores sandeces, sin darse cuenta de ello en el momento, hasta que pasado el examen al recordarles los compañeros lo que dijo durante él, se reprochan «Pero, si yo sabía todo eso! En qué habré estado pensando! Qué tonto!» ó cualquier otro calificativo por el estilo. Yo me acuerdo, que en una de mis últimas composiciones escritas, me pasó una cosa particular. Llegué tarde á clase y vi que se rendía examen. Me desorienté en seguida. Dijéronme el tema. Maquinalmente me puse á escribirlo, puesto que conocía el asunto, pero con las ideas completamente desordenadas. Yo no sé lo que escribí al principio, no sé lo que dije después, solo sé que al terminar no tuve el coraje ni el ánimo suficientemente dispuesto para repasar lo escrito, firmé, entregué la composición y me retiré aún atontado. Unas preguntas de ciertos compañeros, acerca del tema, acabaron por desorientarme completamente. Yo no sé si escribí bien ó mal, no sé lo que escribí, solo sé que escribí. ¡A cuántos no le pasa lo mismo!

Y luego las amnesias. Los memoristas son los que fracasan más. Una sola palabra que olviden, basta para que no puedan

continuar una exposición que marchaba bien. No solo los memoristas, los que estudian inteligentemente y se empapan de las ideas del texto y del profesor, sufren también amnesias parciales. Capítulos enteros estudiados mucho tiempo, sabidos perfectamente, en el momento del examen parece que ni se hubieran ojeado. Las figuras no se pueden hacer, las fórmulas y las clasificaciones quedan trucas á pesar de un estudio consciente y sostenido.

Pero donde se encuentran los fenómenos más interesantes es en el lenguaje de transmisión y recepción (hablado, escrito y mímico). Obedecen los trastornos que en ellos se observan á varias causas, siendo cuatro las más importantes: una psíquica (confusión mental), otra laríngea (espasmo de las cuerdas vocales), otra respiratoria (disnea) y otra lingual y labial.

Sobre la primera he dicho dos palabras más arriba, acerca de las siguientes agregaré otras. Decía que los temblores pueden también notarse en la lengua y en los labios y eso es muy vulgar. Los labios tiemblan como en la cólera ó en el estado que precede á una crisis de llanto; la voz se hace balbuciente y la tartamudez del examinando es característica, aumentando cuando no se conoce el asunto sobre el que se le interroga.

Los desórdenes en el ritmo respiratorio, impiden que el sujeto hable fácilmente, saliendo la palabra entrecortada, atropellada y violentamente. El espasmo de las cuerdas vocales aumenta esto, y tan pronto sale la palabra en un tono bajísimo, tan pronto la voz se hace aflautada.

El sentido de la frase desaparece á menudo á causa de la supresión de las pausas ó de que ella es cortada por la aceleración de los movimientos respiratorios. En el examen escrito son vulgares las dislogias gráficas de transmisión, tanto en la formación de las ideas, como en su contenido, ya en la dicción expresiva gráfica, en la síntesis, en el estilo, etc. Las disartrias gráficas de transmisión, causan el horror de los examinadores; hay exámenes que no se pueden leer, en vez de palabras parece que se han representado las ideas por geroglíficos. Los errores de ortografía más inconcebibles se presentan en exámenes buenos por otra parte. En el examen oral, el alumno por lo general no acciona á medida que habla y en los que tal hacen, los movimientos son incoordinados, bruscos, y tan pronto entran en el cuadro de las dislogias mímicas de trasmisión, como en el de las disfasias ó en el de las disartrias.

CLASIFICACIÓN DE LOS EXAMINANDOS.—De acuerdo con lo anteriormente expuesto, podemos dividir á los examinandos en tres grupos principales:

- I. Tímidos (« Abatatados »).
- II. Normales.
- III. Fanfarrones.

Todo el estudio que antecede, corresponde casi exclusivamente al grupo de los tímidos que es el más numeroso de los tres. A los examinandos comprendidos en ese grupo, podemos dividirlos en tímidos verdaderos y tímidos fingidos. En efecto, la simulación



de la timidez se encuentra también con frecuencia. Ingegnieros dice refiriéndose á los alumnos durante los exámenes que «algunos simulan una amnesia emotiva transitoria, tratando aparentemente de recordar en el fondo de su memoria, conocimientos que jamás han adquirido».

Entran en este grupo todos los emotivos, los hiperemotivos, los emotivos patológicos, etc. Cuáles son los alumnos que se emocionan durante el examen, ¿los preparados ó los no preparados? Si me hubiesen preguntado cuáles son los que se emocionan *más*, no sabría responder con precisión, pero en tesis general, se puede decir que tanto los que han estudiado como los que no lo han hecho se emocionan frente á la mesa examinadora. Los primeros por el temor de salir mal, los segundos, por la convicción de que serán aplazados si una contingencia inesperada, no cierra el abismo en que están á punto de precipitarse; estos últimos son los más numerosos.

Entre los que se presentan en estado normal, también pueden encontrarse alumnos preparados en gran número y alumnos no preparados. Los primeros se explica que, seguros del éxito de la prueba á que van á someterse, no se emocionan, pero los segundos forman en realidad un grupo digno de estudio; son en su mayor parte: degenerados, hiprematuros, amorfos, apáticos, etc., que se presentan á examen con la mayor sangre fría, á quienes les importa poco salir bien ó quedar aplazados. No hay, sin embargo, como decía al tratar del sexo del examinando, que dejarse engañar por las apariencias; bien puede el examinando mostrarse en un estado casi normal, pero á pesar de ello, haber sufrido ó sufrir en el momento del examen una emoción que puede variar en intensidad, según el poder de inhibición de cada sujeto.

El tercer grupo es el más interesante. La fanfarría de los adolescentes, bautizado científicamente con los nombres de megalomanía y constitución pasáudica, nos muestra un nuevo punto de vista desde el que podemos considerar al examinando.

El fanfarrón es un tipo vulgar en la escuela secundaria, simulador ó característico, astuto ó ignorante, no falta casi nunca en cada curso y está sindicado por el vulgo que al señalarlos dice: «ese es pura boca, dice mucho pero no hace nada».

Uno cree que son inteligentes porque son vivaces y prometen hacer pero no cumplen. Son los que al presentarse ante la mesa examinadora lo hacen con porte arrogante, desenvuelto, jactancioso, simulando sapiencia á cada paso, haciendo creer que tienen erudición: ¡Oh! Nietzsche es un loco, pero un loco sublime y nada más, han oído hablar de eso y no saben más que eso, sin embargo dan golpe «Schopenhuer ¡oh! es un soñador, si era un intratable, vivía aislado, cómo podía conocer á la sociedad!» Y guay si por casualidad llegan á responder bien algunas preguntas, entonces toman un aire que no pocas veces llega al desprecio; sus maneras, sus gestos, sus actitudes, sus dichos, denuncian petulancia. Y esperan las preguntas de los examinadores, con el mismo porte con que Goliat esperó el ataque de David. Pero

muy á menudo son víctimas de sus propias armas, pues la fanfarronería tiene dos filos y dos puntas que rebotan no pocas veces hiriendo al agresor. Entonces quedan cortados completamente y no van ni para delante ni para atrás. Su aspecto cambia de un modo total, se muestran en el estado más lastimoso. Este grupo está constituido completamente por alumnos no preparados, haraganes y simuladores. Durante el examen escrito también se observa esto. Alumnos que no sabiendo ni palabra acerca de la bolilla designada para examen, lanzan una exclamación de alegría: «Oh! qué lindo! Qué fácil! me lo sé al dedillo» y en seguida se ponen á mirar al compañero y agregan en voz baja: «ché, sóplame».

INFLUENCIA DE LOS EXAMINADORES SOBRE LOS EXAMINANDOS. — Cabe aquí también una clasificación de los profesores á cerca la influencia que ejercen sobre el alumno en el momento del examen,

Podemos dividirlos en:

- 1º Profesores desconocidos.
- 2º » temidos.
- 3º » muy preparados.
- 4º » no preparados.
- 5º » buenos.
- 6º » «gancheros» (1).

Cuando forman parte de la mesa uno ó más profesores á quien no conocen los alumnos, no andan con contemplaciones para tratar de saber quien es cada uno de ellos y de donde ha salido, si es preparado ó no, si clasifica con largueza ó si es muy severo, etc., y no desisten de su empeño hasta que consiguen saber algo, y en caso contrario, ó cuando han obtenido informes que les desagradan, no les sacan los ojos de encima, le examinan de pies á cabeza, observan todos sus gestos, sus movimientos, analizan sus preguntas. Cuando son llamados tratan de agradecerles, sobre todo las niñas; á pesar de que no le dirigen sus explicaciones, de cuando en cuando les miran de reojo para ver el efecto que producen en él sus palabras. Tratan de impresionarlos bien con las respuestas que dan á sus preguntas. Si descubren que son preparados todo esto se señala más, esperando sean condescendientes con ellos. Si se descubre mucha severidad en ellos, su emoción aumenta á cada una de sus miradas, de sus gestos, de sus palabras, temiendo quedar sin responder á una siquiera de sus preguntas.

Esto último pasa también con el profesor que es temido, ya por su fama de malo, ya por alguna cuestión agria habida entre él y uno ó más alumnos. Además, al profesor puede, siendo conocido tenérsele por ser muy preparado ó por carecer de preparación en la materia asunto de examen. Se teme más al profe-

---

(1) Los alumnos llaman así á los profesores que protejen á uno ó más de ellos, que tratan que salgan bien, ayudándolos de diferente manera.



sor muy preparado, aún cuando éste es por lo general más bueno con los examinandos. «Ese sabe mucho» dicen los alumnos, admirándolo temerosamente. «Ese no sirve para nada» dicen despreciándolo temerosamente. Temen al primero porque puede interrogarlos sobre asuntos desconocidos y al segundo porque comprenden por intuición que cuando menos sabe uno, menos disculpa los errores ajenos.

El hecho de que los profesores que componen una mesa examinadora «sean buenos», no obsta para que el alumno no se muestre emocionado, no sufra el *trac* del examinando, la «batata» de la jerga escolar, y aún más, puesto que es raro que no se encuentre en ella un profesor desconocido ó temido y piensan que aquél quizá no pueda influir sobre éstos en beneficio del alumno.

Los profesores gancheros, gozan el extraño privilegio de ser odiados por unos y estimados por otros. Entre los primeros están aquéllos para los cuales son indiferentes, entre los segundos, los que protegen. Estos últimos se preocupan poco ó nada de la asignatura que aquéllos les dictan, seguros de que, ellos mediante, conseguirán salir airosos en la prueba. El examen para la mayoría de los alumnos es cuestión de examinadores y nada más que eso. Una prueba de cuyo éxito duda una serie de educandos con algunos profesores, se tiene completamente seguro con otros. Si los alumnos pudiesen escoger los profesores que hubieran de examinarlos, ni uno solo quedaría aplazado. Así se explican muchos fracasos y muchos éxitos inesperados.

Con unos examinadores el alumno entra en el grupo de los tímidos, con otros en el de los normales, con otros aún en el de los fanfarrones. Todo es cuestión de circunstancias y el resultado de la suma de cierto número de hechos insignificantes y casuales.

ALGUNAS CONSIDERACIONES MÁS. — Hay alumnos que van á dar examen llevando bajo el brazo un montón de libros y que se ponen á hojearlos antes de entrar al aula. Entre estos pueden estar los estudiosos, los haraganes y los simuladores. Los primeros que piensan que no debe desperdiciarse el tiempo, los segundos que piensan que podrán adquirir en un día los conocimientos que no se han cuidado de asimilar durante el año, los terceros que piensan engañar al profesor que no los conoce, pasando por estudiosos; los segundos y últimos los llevan también con el fin de poder si es posible, copiar, no diré un párrafo del libro sino todo un capítulo, todo el libro si pudieran.

El copiadore en realidad es uno de los tantos tipos escolares. Está el copiadore ocasional y el copiadore crónico. El primero que copia cuando no sabe y puede hacerlo, comprende á veces algunos del grupo de los estudiosos; el segundo es el que copia siempre porque nunca sabe, es arriesgado, abre el libro á las barbas del profesor con rara habilidad y suerte; es un simuladore constante. Otro tipo es el «soplón», que dice á todos; puede ser un alumno estudioso, pero las más de las veces es un copiadore crónico que pretende justificarse ante sí mismo y ante sus compañeros, beneficiando á los demás con el fruto de su propio delito.

Frente al que sopla constantemente está el que nunca dice una palabra á sus compañeros acerca del asunto de examen, aún cuando éstos se lo soliciten con insistencia; es por lo general un alumno estudioso y considera como inferiores á sus condiscípulos, contestando á sus preguntas con un «¡No sé! Estudia si quieres, á mí me ha costado saberlo». Es lo que podríamos llamar un avaro intelectual, un egoísta, aunque á veces las preguntas de los compañeros cortan el hilo de las ideas y entonces se prevee esto, no respondiendo.



Decía que los alumnos después de dar examen parece que se sacaran un peso de encima, eso para los que rinden buen examen; entre aquel que lo hace brillantemente, el que lo hace regular y el que sale mal, hay una diferencia bastante considerable, sobre todo si los tres entran en un mismo grupo, en el de los tímidos p. ej.: Si el que da un examen brillante pertenece á éstos y el que lo da mal al de los fanfarrones, la diferencia es completa, son los dos polos opuestos. El primero se encuentra radiante, el segundo achatado completamente, en el grado máximo. Cuando el examen rendido, ha respondido á las previsiones, háyase salido sobresaliente ó regular, el estado que le sucede difiere bien poco de uno á otro. Y aquí pueden establecerse todas las combinaciones comparativas que se quiera. El alumno después de ser reprobado ó muestra despecho ó rabia ó se conforma con su suerte. La ira puede llegar aún hasta el ataque á los examinadores. La desesperación hasta el suicidio, por suerte muy poco vulgar entre nosotros, aunque no así en otras naciones más vivaces, más ardientes. Los aplazados ó reprobados, como todos los descontentos ó fracasados se unen y levantan su voz al cielo contra todas las autoridades del colegio, contra todos los profesores, aunque interiormente tengan la firme convicción de que han obtenido el premio merecido, lo hacen para evitar el ridículo y hacer creer en una injusticia que no ha habido ó en una mala estrella que no tiene otro origen que la falta de preparación. Sin embargo, se pueden encontrar casos de alumnos estudiosos, preparados, que resultan aplazados; en éstos la desesperación llega al colmo y les lleva no pocas veces á abandonar la carrera y algunos no titubean en dejar esta vida, en lo que han resultado vencidos injustamente en uno de sus tantos pasajes. Los histéricos y los epilépticos, aumentando su estado anormal por el debilitamiento producido por el estudio y por la fuerza de la emoción sufrida, sienten acrecentarse muy á menudo su enfermedad con inusitada potencia.

Después de los quince días de vacaciones que dan actualmente, antes de presentarse á examen, se nota un ligero adelgazamiento en la mayoría de los alumnos. Por la idea fija del examen, el sujeto pierde el apetito, el sueño, enflaquece, palidece; hace malas digestiones por el trabajo continuado y al cabo de tales días, se presentan ojerosos, delgados, con una falta completa de tonicidad



en su organismo: Campo apto para la aparición de muchas enfermedades, incluso la neurastenia. El *surmenage* hace bastantes víctimas y no respeta las más fuertes constituciones.

Los exámenes tienen el poder de despertar el sentimiento religioso de los alumnos. Aún aquéllos que se dicen libre-pensadores al igual de los sujetos que á las puertas de la muerte vuelven á la religión que repudiaron—se recomiendan á Dios, á Jesucristo, á la Virgen, á todos los santos del calendario, haciendo votos que jamás han de cumplir, salgan bien ó mal, aún cuando á veces lo hacen. El adiós que muchas madres dan á sus hijos todos los días «Vé con Dios hijo mío», no es recibido durante los días de examen con la sonrisa escéptica de costumbre ó con la burla diaria, sino que el joven se va cabizbajo, al fin y al cabo «puede que Dios exista y en caso de no existir, con creer no perdemos nada».

Fuera de los amuletos y medallitas que en esos días no pocos se cuelgan al cuello para que los amparen, es muy vulgar que los alumnos lleven, aunque muchos no lo confiesen, ciertos objetos minúsculos, de formas extrañas, talismanes contra la *jetta*. Aún no ha pasado completamente la furia que entró por usar en forma de anillos, clavos de errar, también contra la *jetta*.

Los prejuicios acerca de las bolillas son muy vulgares. La nº 13, aunque encierre un tema fácil es muy temida porque se dice es señal de fracaso. Además de ésta, también se detestan las primeras bolillas de cada programa, aunque con más razón porque comprenden las definiciones y generalidades de las asignaturas, difíciles de recordar y aprender. Un estado de ansiedad y expectativa precede á la extracción de cada bolilla, seguida siempre de exclamaciones de descontento, de desagrado ó de alegría.

Así como hay bolillas temidas hay algunas que son tenidas por de buen agüero y en general son las más fáciles, las que se conocen mejor. Varían para cada alumno lógicamente y algunos las estudian casi exclusivamente porque son números que «los persiguen». Gusta á unos el quince, á otro el veinte, el treinta, á otros los últimos.

CONCLUSIÓN.—Visto lo que antecede, llegase á la conclusión de que todo examen final debe suprimirse.

Si desde el punto de vista didáctico, los exámenes han sido combatidos con razón, del punto de vista psicológico deben serlo del mismo modo.

El examen debiera demostrar el saber, más aún, la madurez intelectual. Y no pasa así.

Sus partidarios dicen que la adquisición de un título después de él aparece debido á la justicia, mientras que sin examen se siente, se comprende debido no á solo mérito, sino á la ayuda, á la benevolencia del profesor.

¿Cuántos son, se dice, los estudiantes que tienen la seguridad de haber merecido en todo el año, el voto que se precisa para su aprobación sin examen? La respuesta se encuentra en la insistencia con que padres y alumnos piden su abolición.

En primer lugar hay que tener fé en la conciencia del profesor. Respondiendo á la segunda afirmación, que el alumno no tiene el convencimiento de haber merecido pasar, menos lo tiene con el examen, cuestión de suerte por lo general, y que demuestra, no la educación intelectual, sino simplemente la instrucción, que no es lo que se busca en la escuela primaria ni en la secundaria.

Al afirmar los mismos que los alumnos que han sido promovidos sin exámenes finales se deshacen en agradecimientos al profesor y al director, mientras que, los que lo han sido después del examen sienten una satisfacción íntima, demuestran un error de criterio asombroso.

¿Quién podrá juzgar mejor á los alumnos que el mismo profesor? ¿Cuándo estudiarán más los alumnos, mientras que haya exámenes ó cuando tales no existan? Cuando el maestro sea el único juez y sepa el alumno que en el estudio de todos los días, en el trabajo de todas las lecciones está su promoción ó la repetición del curso. Esa labor, reflejada en los libros de clasificaciones mensuales, cuyo término medio sea el que substituya á las actuales pruebas de fin de curso, podrá ser controlado debidamente por los padres y el alumno, completamente perdido, no forjará una esperanza de salvación en el examen final.

Los exámenes acostumbran al fraude y la escuela debe ser muestra de moral y reclamar la moral en cada acción. Se favorece la inclinación á los malos hábitos, á los artificios, á los estratagemas, á las pillerías que después encuentran fácil aplicación en la vida práctica.

ALFREDO CALCAGNO.

La Plata, Diciembre 15 de 1910: